



Mercado de Toledo

LA COMPRA DEL PINTOR

■ CARMEN SANTAMARIA

Tiene los andares elásticos y cadenciosos, por lo que Aurelia supone que es bailarín o modelo. Tiene los hombros cuadrados y las caderas estrechas, como esos chicos que anuncian tabaco, calzoncillos y refrescos en las revistas y en las vallas publicitarias.

Se ha detenido junto al banco de baldosa, ha apoyado en el asiento la bolsa de cuero viejo, por cuya boca asoman las hojas de un ramo de espinacas y las aristas del paquete que sobre ellas acaba de colocar. Del bolsillo de los vaqueros ha sacado un papel azul, que revisa con tranquilidad a la luz de la claraboya. Afuera la mañana es un cúmulo de gotas de agua fina que caen sobre el empedrado y pintan de brillos grises la ciudad.

— ¿Terminarás de contar el dinero?. Esta niña está dormida, Raimundo. Buen negocio vas a hacer con ella.

Aurelia cierra la caja, con el billete con que él ha pagado apartado en el compartimento de los grandes. Luego, cuando su padre salga a echar la cortina metálica a mediodía, lo guardará en el bolso. Lo meterá debajo del forro a través de la costura descosida. Como el de antes de ayer.

— Ponme cuarto de salchichón, hala, que contigo no se puede ir con prisas.

— Pero si usted no va con prisas, doña Remedios, ¿A que ya ha hecho la casa?. ¿A que sí?. Con lo apañada que es usted...

A la aludida se le mengua el malhumor con el tono halagüeño de Aurelia. Pero se finge enojada porque a los jóvenes, que son de natural cretino, no conviene darles la razón.



— No seas coplera, niña. Venga, ponme eso que me voy de aquí volando.

El muchacho recoge la bolsa del banco y reemprende su camino. Aurelia le acompaña con los ojos hasta que se pierde tras la esquina del pasillo que le conduce a la salida.

— Está este salchichón de rico que no sé si añadirle cuarto más para que no se quede usted con ganas de repetir.

— Pero mira que eres lianta, chiquilla. Yo no sé de quien has heredado esa labia. Con lo prudente que era tu madre, que en paz descanse...

Aurelia se ríe porque con la risa disimula el rubor y aplaca los nervios que se le revientan en las carnes cada vez

que el muchacho aparece por la charcutería.

Tiene el gesto plácido de quien no anda a la greña con su sino y se contenta con lo que éste le depara día a día. Tiene una mata de pelo castaño y unos ojos negros que fulgen cuando su boca se ensancha en una sonrisa o se contrae en una mueca, que es un anticipo de las palabras que derrocha cuando alguien se presta a escucharle.

Aurelia siempre está dispuesta: en cuanto se acerca el muchacho al mostrador y saluda desde el otro lado de la cristalera, que ella ha pulido con la bayeta y el cristasol, Aurelia le dedica un buenosdías o un buenastardes que es una invitación a la charla. A la confidencia, si Raimundo estuviera ausente.

— Este chico es una cotorra. Luego dicen de ustedes, las hembras, pero ¡bien que usa éste la lengua...!

Se alborotan las mujeres, que aguardan turno arracimadas en torno a la cristalera, con las bromas de Raimundo, que ha esperado a que el chico se alejara para burlarse de él y mortificar a su hija.

— Se conoce que en casa no pega hebra y como la Aurelia le da carrete...

Aurelia, callando, se inclina sobre las bandejas que se alinean en el último piso del mostrador y hunde los dedos en la de las morcillas, demorándose en la elección de la que le ha pedido doña Matilde.

— ¿Pues sabe lo que le digo, Raimundo?. Que así les quería ver a muchos. Que está la juventud muy maliciada, con tanto alcohol y tanta droga. ¡Da gusto ver a un muchacho tan sano, tan hermoso!

— Y tan telendo por el mercado. ¡Con lo remilgados que son los hombres para eso de venir a la compra!



— Serán algunos, doña Tere, que a mí, mi Eulogio, que en su gloria le tenga Dios, me iba a los recados sin rechistar. Enfermo el pobre y en cuanto me veía hurgando en la despensa ya estaba él agarrado al capacho y al monedero.

Aurelia emerge de entre las piezas de embutidos, los bloques de mantequilla y los tacos de tocino veteado, e interrumpe una conversación en la que no quiere intervenir por no avivar los celos que le hacen a su padre ensañarse con el muchacho.

— Mire usted, doña Matilde, qué hermosura. Se va usted a relamer. Y a su esposo le engatusa usted esta noche. Se la fríe medio minuto, con el aceite bien caliente. Y verá usted. ¿Qué más le ponemos?. ¿Unos choricitos?. Me los traen de León. ¡Extraordinarios!. ¿Cuántos se lleva?

No sabe de él el nombre porque nunca se lo ha preguntado. Pero sabe que se vino a Toledo este invierno y que vive cerca del Zocodover, en casa de una tía abuela que falleció a poco de llegar él. Sabe que le gusta la lluvia y el viento, que le gusta cocinar y que madruga a diario para ver amanecer.

Tampoco le ha preguntado su oficio, pero ya ha descartado lo de bailarín o modelo. Ahora piensa que es artista: pintor, lo más probable, porque le ha descubierto entre los dedos motas de pintura blanca y verde.

Aurelia le imagina en su taller, en una habitación amplia y sin muebles, sembrada de botes de los que rebosan líquidos de colores vivos, plantado ante el lienzo del que brotan figuras geométricas y cuadrículadas. O, quizá, figuras humanas que poseen

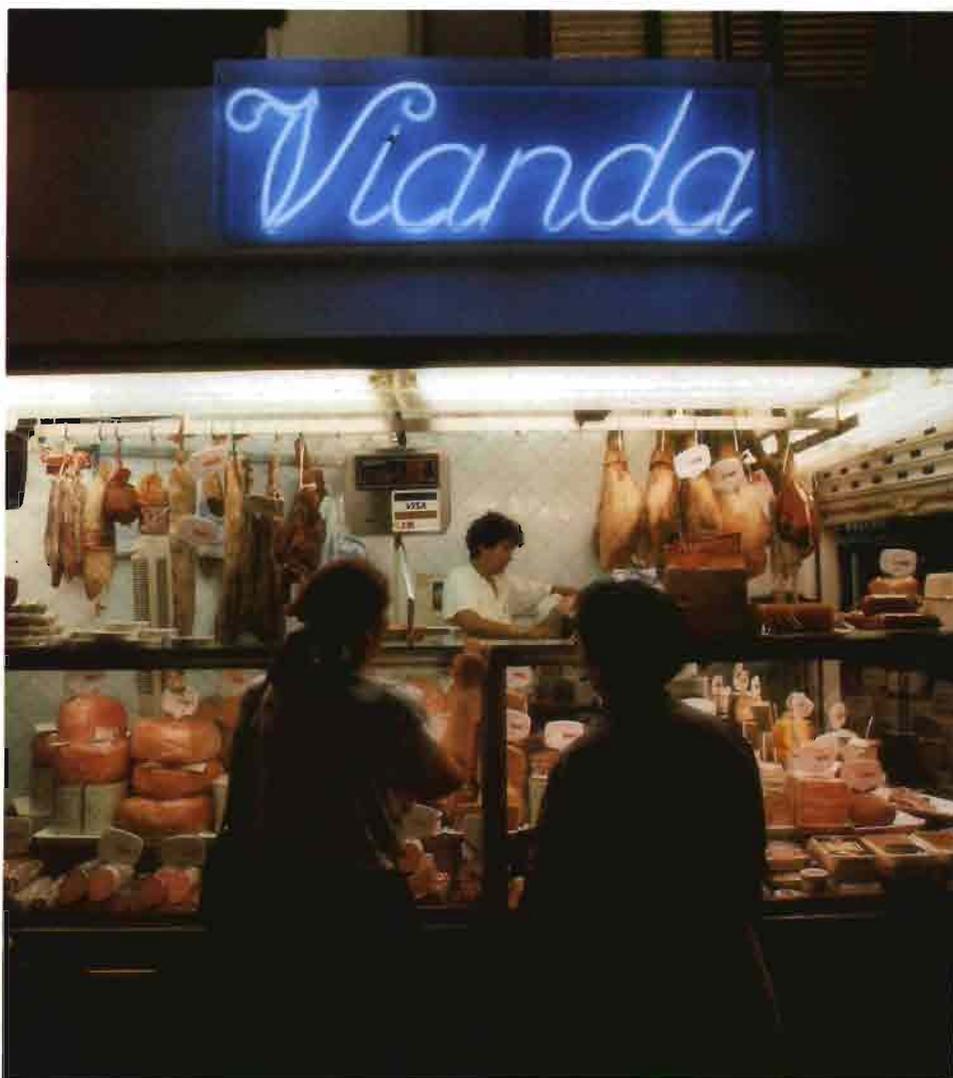
el rostro del que las crea. O el de aquéllas a quien él ha amado y le han amado. El suyo, el de Aurelia, tal vez.

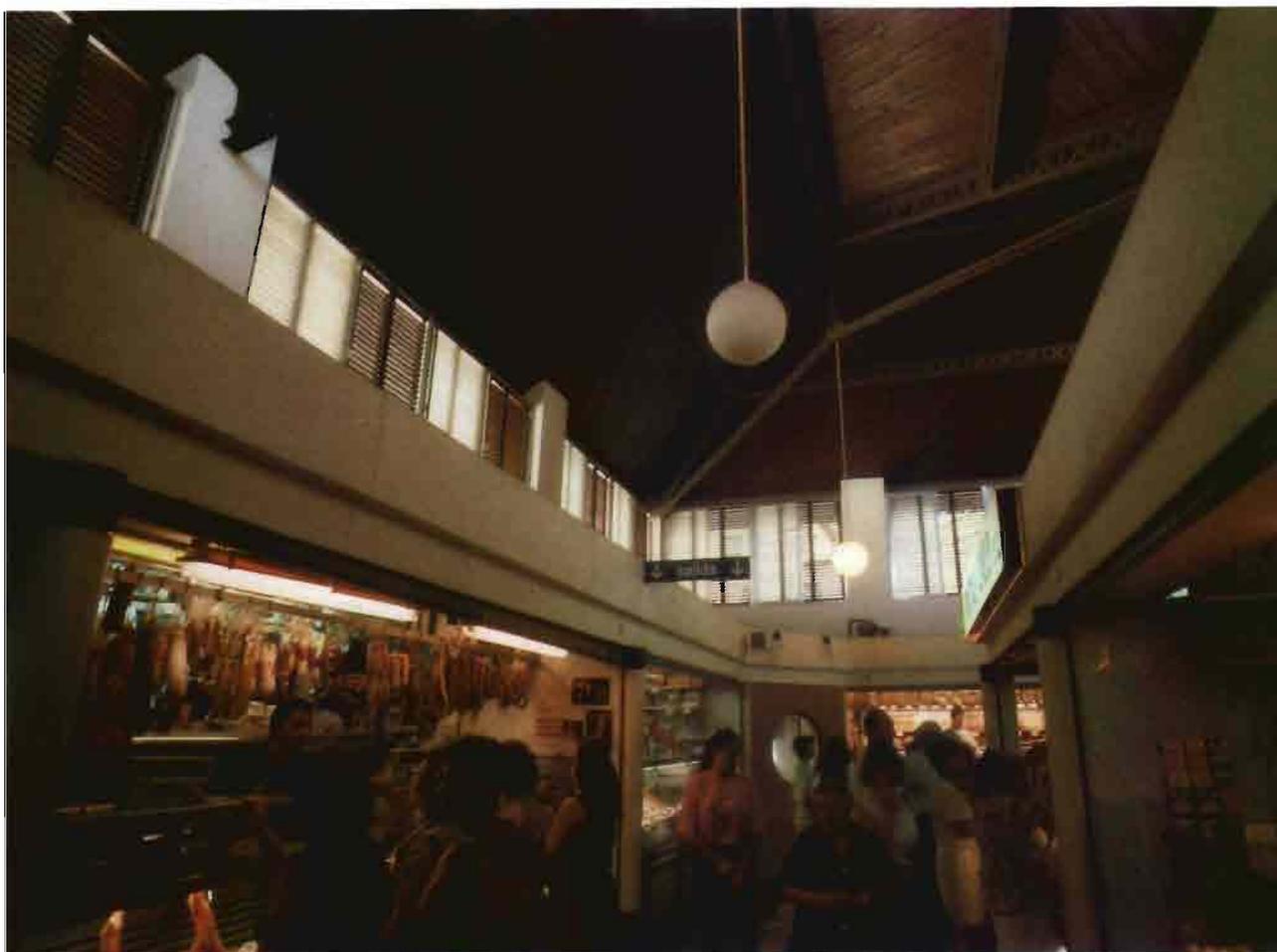
—

Entré en Toledo un lunes de abril, por la mañana. Llovía en la ciudad intensamente, pero por las calles, húmedas y empinadas, desfilaban en procesión grupos de turistas japoneses, de jubilados suecos, de escolares que se apeaban de autocares con matrículas andaluzas y catalanas.

Me habían indicado el domicilio de su infancia y un paisano, un hombrecito menudo que destacaba entre un montón de extranjeros rubios y orondos, me explicó cómo encontrarlo. Era una casa con dos plantas, con un portón de madera clara, sobre el que campeaban una cerradura descomunal y una aldaba de bronce.

Esperé en el coche una hora y media. Hasta que salió. Cerré el portón con llave y eché a andar, calle abajo, sin





paraguas ni gorro que le cubriera la cabeza del agua que caía incesantemente sobre la ciudad. Le seguí a pie hasta el mercado. Mi disfraz era tan bueno que a nadie llamó la atención mi presencia cuando subí las escaleras y penetré en el edificio. Había un pasillo que giraba a derecha e izquierda, y otro de frente, más corto, que concluía en una rotonda iluminada con la exigua luz solar que se colaba por una claraboya de cristales transparentes. Tiré a la derecha y caminé, despacio y simulando interés por el precio de los géneros, hasta dar media vuelta al edificio y hallar otro pasillo que también concluía en el patio central.

El se había parado en un puesto de embutidos y hablaba animado con la chica que lo atendía. La chica le entregó cinco paquetes pequeños y él pagó con un billete de mil pesetas que ella guardó en la caja registradora. Se detuvo después en la frutería, donde compró un manojo de acelgas y una docena de manzanas. Pagó con monedas. Luego abandonó el mercado y regresó a su domicilio.

El martes estuvo recluso en casa. No tuvo visitas ni se asomó a las ventanas. El miércoles volvió al mercado: Compró fiambres, naranjas y un filete de gran tamaño. El jueves permaneció en casa.

Concluí que trabajaba solo y resolví actuar. Pedí conformidad a mis superiores y el viernes, a las diez y veinticinco, me fui al mercado. A pillarle en plena transgresión.

—

Raimundo llega temprano al mercado. Aurelia, después de ordenar y orear las habitaciones y la cocina, llega a tiempo de atender a las primeras parroquianas: mujeres que han dejado a las nueve a los niños en la escuela y, antes de meterse en casa, se pasan a comprar una morcilla para las judías pintas, una punta de jamón para el cocido, una tarrina de margarina o cien gramos de mortadela para la merienda de los chicos. Mientras su padre extrae de los envases de cartón, recién subidos de la cámara, los olorosos collares de cantimpalos, los quesos redondos y macizos de la Mancha, los paquetes de salchichas ahumadas y los tarritos de sucedáneo de caviar, Aurelia despacha a las mujeres estrenando sonrisas y halagos. Raimundo no ignora, aunque es orgulloso y jamás a ella se lo ha confesado, que el buen humor de su hija le ha evitado perder clientela como les ha ocurrido a

→

algunos compañeros del mercado. Desde que Toledo se ha estirado y se ha llenado de galerías y supermercados, han cerrado muchos puestos y nadie, ni los hijos de los que se jubilaron ni los jóvenes que buscan en qué emplearse, se han decidido a ocuparlos.

—Estupendo, doña Flora. Ibérico. De calidad garantizada. Huélalo, usted. Rajitas finas, ¿verdad?

Discurre la mañana sin más aliciente que el desfile de rostros y voces al otro lado del mostrador, del que Aurelia no se mueve, ni siquiera para ir al servicio, no sea que en su ausencia se presente el pintor. Sus ojos se desvían, cada pocos minutos, hacia el pasillo por el que él suele venir. Hoy le toca comprar, está convencida.

A las once menos cuarto, una mujer de edad indefinible y aspecto vulgar se sienta en el banco situado debajo de la claraboya, en el centro del patio, con un re-

soplido de fatiga que alcanza el oído de Aurelia. No es una cliente habitual. Tampoco parece una excursionista despistada, y si lo fuera poca historia le contarían estos muros que, pese a ser centenarios, apenas conservan de su pasado el artesanado que los cubre.

Aurelia recuerda, mientras corta lonchas delgadas de pavo trufado para doña Eulalia, que empieza régimen porque hoy la báscula le ha marcado los setenta, los tablonces de madera sobre los que se crió y aprendió a vender. Recuerda a Benito, el chiquillo de la tarima de la izquierda, a quien, siempre menciona mentalmente como su novio porque fue el único con el que se atrevió a soñar.

Resultó Benito, a la postre, más audaz de lo que ella fue. Aurelia se quejaba cuando el enmudecía, incapaz de secundar y ampliar los sueños de fuga que para ella eran el alivio y sostén de su adolescencia. La manera de soportar la rutina a la que le había condenado la muerte de su madre siendo ella todavía una cría de pañales. Al cumplir los catorce, Raimundo le regaló un vestido de cuadritos rosas y blancos y le impuso la obligación de acompañarle a diario al mercado, pues el mozo que le ayudaba le costaba mucho más de lo que gracias a él ganaba. Aurelia agotó en un mes el entusiasmo con que acudió el primer día a su trabajo. A partir de entonces se inventó un futuro que iniciaría cuando los ahorros y los años le permitiesen independizarse de su padre.

Benito despachaba frutas con su abuela a orillas de la charcutería. Les unió

→





la añoranza de sus madres, cuyas fotos amarillas se mostraron una tarde a espaldas de los adultos, y la íntima repulsa hacia el destino que les había colocado, casi de niños, en el mercado.

Aurelia le proponía escaparse a Madrid. O a Barcelona. O a Valencia. Pero Benito le daba largas: no quería abandonar a su abuela, que era muy anciana y poco le iba a durar la vida. Aurelia, impaciente y dolida, le tachaba de cobarde y le amenazaba con no volver a dirigirle la palabra, pero en seguida se reconciliaba con él, porque Benito era el único ser del planeta a quien podía confiarle sus secretos.

Una pulmonía se llevó de este mundo a la abuela y Benito, al cabo de los funerales, llamó a Aurelia a su tarima y le comunicó que había sacado dos billetes de tren a Madrid. Aurelia le besó en la mejilla delante de toda la parroquia. Pero esa noche, cuando abrió el armario para descolgar la ropa que necesitaría en el viaje, advirtió que carecía de arrestos para dejar a Raimundo solo en la charcutería. Sin ella, pensó de repente, Raimundo tendría que multiplicarse, enfermaría, el negocio se iría a pique. "Le mataré del sofoco", se decía acongojada.

Al día siguiente Benito liquidó los escasos kilos de fruta que le quedaban entre sus amigos del mercado. Aure-

lia, en un momento en que su padre discutía las cuentas con un proveedor, le citó en el patio inferior y allí, ahogando una lágrima, le pidió tiempo para acostumbrar a Raimundo a la idea de su marcha. Benito le entregó uno de los billetes y le contestó, con un punto de soberbia que molestó a Aurelia, que la esperaría esa tarde en la estación.

Aún recuerda retazos de sus charlas adolescentes, el calor de su corazón cuando compartía con Benito un futuro irreal. Han transcurrido diez años y otros hombres, tres o cuatro, le han rozado la piel y han intentado arrancarle una frase de amor antes de huir, abatidos por su indiferencia y su frialdad. Aurelia se ha esforzado en amarles pero lo cierto es que con ninguno, desde que Benito se marchara, ha conseguido ni una sola noche soñar.

— Buenos días, Aurelia.

¡Esa voz! Levanta Aurelia los ojos de la pieza de pavo trufado y los prende en los del muchacho.

— Bue...buenos días. ¿Qué tal estás?.



El muchacho responde adentrándose en una conversación que incluye información sobre la temperatura en la península, chistes políticos y una exhaustiva relación de las noticias nacionales e internacionales que ha escuchado en el boletín de las once en la radio. Aurelia, regocijada, despacha sin prisa a doña Eduvigis, que también interviene en el coloquio apuntando opiniones y pidiendo detalles.

— Ese, el del avión que se ha estrellado, ¿cómo dice que se llama?

de huevas. Cuando va a pagar, con un billete de mil pesetas, estalla un alarido en el centro del patio. La mujer que reposaba en el banco se lanza contra el muchacho, esgrimiendo en la mano un objeto metálico y gritando "¡A éll. ¡A éll!". El chico le arrea un manotazo, que le desequilibra, y se escurre con agilidad entre los mirones que se congregan en torno a la mujer, que ha caído al suelo y, con el batacazo, ha perdido el bolso, las gafas y la peluca.

— Deténganlo. Es un falsificador. Deténganlo.



Pero nadie persigue al muchacho. Todos están muy entretenidos contemplando el espectáculo y aderezándolo con sus comentarios.

— Es rarita la señora, ¿eh?. Si parece un travestí...

— Un tirón. Ha sido un tirón. Un drogadicto, seguro.

— ¡Está calva!. ¿O será que se afeita el cráneo?.

— Pues las piernas no se las afeita. Fíjese usted debajo de las medias. Por el agujero de la pantorrilla.

— ¡Como chillar!. ¡Pobre mujer!. Tan fea y encima le roban.

— ¿Y esooo...?. Son unas esposas, ¿verdad usted?.

— Oiga, ¿no será esto un objetivo indiscreto de esos que sacan en la tele?.

—

— Yasir Arafat, señora. Es el jefe de los palestinos, ya sabe, los musulmanes que vivían en Palestina, donde ahora está Israel.

Cuando acaba con doña Eduvigis, Aurelia atiende al pintor. Le pone doscientos de chicharrones, ciento cincuenta de emmental, una latita de foiegras y otra

Dos horas después del incidente, Aurelia baja a la cámara a por una bandeja de paté al oporto, que está a punto de terminarse. Necesitaba un pretexto para quedarse a solas con sus pensamientos, que son aciagos y merecen, acaso, una lágrima que no podría derramar en presencia de su padre y de la clientela. El sótano está desierto. En la plazoleta en la que, de amanecida, descargan los camiones de mercancías, hay una pila de cajas de tomate y varias bolsas de lechugas y





de cebollas. Suenan pasos lejanos de gentes que circulan por los pasillos del mercado, el rumor de las máquinas que tronchan huesos y filetean los pescados congelados, los rugidos de los vehículos que ascienden y descienden por las estrechas callejuelas de Toledo.

Aurelia busca, a tientas, el interruptor del cuarto al que dan las puertas de las cámaras cuando, de súbito, siente en la piel el vaho de un aliento humano. El temor no le impide encender. La luz blanca le revela a un metro escaso el rostro del muchacho que ama, con los rasgos contraídos por el susto y el impacto de la luminosidad en sus pupilas.

—¡Túuuu...!

—

Es fácil sonreír, seguir sonriendo aunque él se haya ido. Porque en los labios permanece el sabor de sus labios y en los oídos la ternura de su voz. "Sólo he pasado cuatro o cinco mil. Bueno... y los que te he dado a ti". Esos están a buen recaudo, dentro del forro de su bolso, piensa Aurelia para sí.

— "Te devolveré hasta la última peseta... cuando regrese. Si tienes paciencia... cuando el caso se archive...".

—

— Cien de sobrasada. ¿Me oyes, niña?. A esta niña le ocurre algo, Raimundo. Debías mandarla al médico. ¡Cada día más pasmada!

La policía ha hecho muchas preguntas, pero no ha hallado en la charcutería ninguna pista, ni una prueba contra el falsificador. Los inspectores se han despedido de Raimundo y éste les ha obsequiado con unos choricitos para su casa.

— La sobrasada ¿y que más, doña Remedios?

— Tres lonchas de serrano. Pero, ¿a qué viene esa cara de iluminada?. ¿Es que se te ha aparecido la Virgen?. ¡Como están de moda las apariciones!

Aurelia descuelga de la barra el jamón que doña Remedios le señala sin cesar de sonreír. Es fácil sonreír sintiendo en los labios el sabor de los suyos y en la nariz el olor a lavanda de su pelo y de su piel.

Es fácil sonreír y es fácil, ¡tan fácil! soñar.

□

CARMEN SANTAMARIA.
Periodista y escritora.